

# *“Arraigados en Dios”*

*Para leer la Biblia con provecho*

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

*Tema: Pero yo confiaré*  
*(11 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.  
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



## DÍA 1

### LUCAS 18:31-34

“¡No lo entiendo!” – un conocido suspiro. “No lo entiendo”, esto puede decir: No entiendo dónde está el problema. “No lo entiendo” – puede expresar también el dolor de una creciente inseguridad, que se refiere al centro de la propia fe y vida. En cuanto antes todo parecía claro y sencillo, se acumularon ahora dificultades, consideraciones y reparos, ahí me oprimieron confusión y dudas. “No lo entiendo” – con esa pequeña frase se pueden expresar grandes problemas y preguntas, dudas e inseguridades, que los creyentes tenían y tienen muy a menudo respecto a la fe.

La cita bíblica de hoy nos comparte esto de los discípulos del Señor Jesucristo:

- Ellos nada comprendieron.
- Esta palabra les era encubierta.
- No entendían lo que se les decía.

Los discípulos “andaban a tientas”, cuando Jesús les quería preparar para Su camino de sufrimiento. Ellos estaban juntos caminando hacia Jerusalén, y Jesús habló de que allí sería apresado, sentenciado y muerto, y que resucitaría al tercer día.

Este mensaje aparentemente no tenía nada que ver con su propia experiencia en la fe. Ellos conocían a su Maestro como un hombre que se presentaba con gran autoridad, que podía venir sólo de Dios mismo. (Lea Mr. 1:27; 4:41.) Este Jesús estaba tan cerca de Dios, como ningún otro hombre. ¿Al final no era tan así?

Si, Él había hablado del inminente reino de los cielos, y no de que todo terminaría en una catástrofe. Entonces todo estaría perdido y terminado, antes de que hubiere comenzado. ¿Acaso no estaría terminado todo lo que ellos habían soñado y esperado en los últimos meses?

Con lo que Jesús había dicho ahí, ellos llegaron a sus límites. Ellos experimentaron por las palabras de su Señor, una real des-ilusión. (Comp. Lm. 3:18; Lc. 24:21.)



---

---

---

## Día 2

### LUCAS 18:31-34

Podríamos preguntar: ¿Qué ha pasado con estos hombres? Pero, ¿no conocemos acaso también estados de ánimo así? ¿Qué podría ayudar a los discípulos y a nosotros, cuando ya no entendemos más nada del obrar y de las palabras de Dios? A ellos y a nosotros, alguien nos tiene que abrir los ojos. (Lea 2.R. 6:17; Sal. 119:18; Job 42:2-5.)

“Si se nos abren los ojos, entonces el resultado es justo lo contrario de lo que antes habíamos pensado. Si se nos abren los ojos, entonces llegamos realmente a una des-ilusión, en el sentido textual. Si se nos abren los ojos, vemos al mundo y a las personas en una luz nueva. Parecería como si antes estábamos ciegos, y ahora podemos ver” (M. Bundfuß).

Nuestro texto bíblico entre otras cosas, nos pone ante la pregunta: ¿Es posible que una pérdida pueda traer una ganancia?; ¿puede ser que yo consiga algunas cosas solamente por medio de pérdidas? (Mt. 10:39; Lc. 17:33). ¿Debemos realmente soltar a personas o cosas, para ganarlas?

A veces debemos retener nuestras propias necesidades, para salvar una amistad o una relación. A veces ganamos, cuando soltamos algo.

¿No debían aceptar ahora los discípulos el pensamiento, de que la fe verdadera, significaba que ellos no debían tratar de encerrar el camino de su Señor en sus propias imaginaciones?

¿Qué Dios es este, que el ejercicio de soltura no lo había planeado solo para Su Hijo, sino también lo espera de nosotros? Max Lucado contesta esa pregunta de la siguiente manera:

- Él es un Dios, que sabe que el amor más profundo, no se basa en pasión y romance.
- Él es un Dios, que sabe, que nosotros somos peregrinos y que cada “hasta luego” en realidad es un “hasta pronto”.
- Él es un Dios, Quien lo ha soportado todo. (Lea He. 2:17.18; 5:8; Fil. 2:5-8.)



---

---

---

## Día 3

### LUCAS 18:34-43

El evangelista Lucas comentó justo allí, donde los discípulos reaccionaron con incomprensión a las palabras de Jesús, la historia de la curación de un ciego. El grito por ayuda del ciego: “¡Hijo de David, ten *misericordia* de mí!”, demostró que él quería poner toda su vida en la mano de ese Jesús de Nazaret. El ciego no quiso en primer lugar la curación, sino la misericordia de Dios. Él confió en la misericordia de Jesús, en su interés, su compasión y su inclinación bondadosa. (Lea Sal. 103:13; Is. 49:13; Stg. 5:11.) Al que confía en Jesús y su misericordia, Él lo quiere librar de la ceguera del corazón y darle una nueva visión. ¿Qué debían reflexionar los discípulos en su incomprensión con la curación del ciego?

Un expositor bíblico señala: “¿Podría ser que a ellos se les abriesen los ojos, si justamente ahora confiaran en Jesús, en vez de intentar de comprender el sentido de Sus palabras o el sentido de aquello, que se le acerca a Él?; ¿Podría ser que también nosotros nos acercásemos mucho más al sufrimiento, a la muerte y la resurrección de Jesús, si confiáramos sencillamente en Él?” ¿Quién de nosotros puede comprender completamente la profundidad de Su sufrimiento? La cruz de Jesús me otorga tranquilidad en todo lo incomprensible y me permite encontrar paz y seguridad.

Al ciego le ayudó la sola confianza en Jesús, y así se le abrieron los ojos. Este hombre no sabía nada del camino difícil y del inminente sufrimiento del nazareno. Él no tenía idea de la inminente sentencia y ejecución de Jesús, ni tampoco de su resurrección. Pero él hizo lo correcto: se entregó confiadamente a Jesús y le fueron abiertos los ojos. (Lea Mt. 9:22,29; 2.Co. 5:7; Sal. 118:8; He. 10:35.)

También nuestra fe debería reflexionar acerca de la historia del sufrimiento y la muerte de Jesús, confiadamente.



---

---

---

---

---

## Día 4

Mateo 26:1-13; Juan 12:1-8

Estamos frente a un texto bíblico que nos lleva de manera inusual al sufrimiento de Jesús. Se ubica entre la entrada triunfal de nuestro Señor en Jerusalén y; Su terrible muerte y Su resurrección.

Un expositor menciona: “Lo que comenzaba con los gritos de ¡Hosanna!, ahí en las calles de Jerusalén, terminaría muy pronto con los gritos ¡crucifícale! Lo que comenzaba muy alegremente con Su entrada sobre un asno, terminaría pronto en profunda desesperanza y duelo, allí en el monte Calvario” (Lea Jn. 12:12-22.)

En Jn. 12 se habla de una mujer que hizo algo extraordinario. Ella había usado sus ahorros, el sueldo anual de un obrero, para conseguir un frasco de un perfume muy valioso. Con tales perfumes se solía ungir especialmente a los reyes (2.S. 5:3). Con su valiosa posesión, entró a la sala donde estaban cenando los hombres. Allí rompió el frasco y echó el perfume sobre la cabeza de Jesús.

Aconteció lo llamativo: Jesús le permitió ese evidente desperdicio. Más aún, Él la defendió ante aquellos que se enojaron por eso.

“Esto no concordaba con la imagen que tenían de Jesús, el que estaba preparándose para el sufrimiento. Esto no concordaba tampoco con nuestra imagen de Jesús, aquel que como Hijo del Hombre, no tenía donde reposar su cabeza. Esto no concordaba con nuestra imagen del Hijo del Hombre, el que no vino para ser servido, sino para servir” (U. Fischer).

María había actuado por exuberante amor. Ella ungía a Jesús no como un rey, sino lo ungía Rey ... Ella había reconocido, quién era Jesús en verdad: el Ungido de Dios, el Mesías, el Rey, que, como Ungido tenía que ir a la muerte. (Lea Mr. 10:45; Fil. 2:5-11.)



---

---

---

---

---

## Día 5

Mateo 26:17-29; Juan 13:21-26

Jesús estaba con sus discípulos en Jerusalén. En todos lados se preparaban para la fiesta de la pascua, también los discípulos estaban ocupados en eso. En Su singular sabiduría Jesús los incluyó en los preparativos y el gozo anticipado de la fiesta. ¿Acaso no había dicho Jesús mismo, cuánto deseaba pasar esta fiesta con ellos (Lc. 22:15)? Al Señor le importaba mucho la comunión con sus discípulos. Así que se alegró también aquí por tener unas horas de comunión, aunque entre ellos estaba el traidor, quien entregaría al Señor a sus enemigos. El Señor habló abiertamente de esto, y entonces empezó un temeroso cuestionamiento entre ellos: “¿soy yo?”

Algo quedaba claro: No hay otro camino, Jesús tenía que morir, pero aquel, que lo entregaba, que lo separaba de sí mismo y lo vendía, ya no tendría futuro. Pues Judas había abierto su corazón para Satanás (Jn. 13:27). Él llegó a ser “hijo de perdición”, del cual Jesús había dicho: "ninguno de ellos (los discípulos) se perdió, sino el hijo de perdición" (Jn. 17:12).

¿Habrá algún seguidor de Jesús, al que el actuar de Judas, no le asustase tremendamente? ¿Acaso no encontramos en nosotros también, mucha maldad?

Dos aspectos son seguros: *nosotros* no podemos resolver “el enigma Judas”. Quedan preguntas sin respuestas. Y el otro: Quien quiera que haya recibido a Jesús en su vida, -o lo recibe-, el que ha confiado en Él, no se perderá. (Lea Jn. 1:12,13; 3:13-16; 6:47.)

Nada ni nadie nos puede arrebatar de la mano de Dios, y si nosotros “confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (Jn. 10:28; 1.Jn. 1:9).



---

---

---

---

---

## Día 6

### Mateo 26:36-46

Jesús sabía que la hora de su muerte estaba cerca. Después de la institución de la Santa Cena, salió con sus discípulos hacia el jardín de Getsemaní, ubicado al pie del monte de los Olivos. Muchas veces Jesús y sus discípulos habían estado allí, también había una posibilidad de pasar la noche (Lc. 21:37; 22:39a; Jn. 18:2).

El Señor iba allí, bien consciente. Él sabía que Judas lo encontraría ahí. ¡Qué soberanía la del Señor! Pero al mismo tiempo, estaba muy “conmovido” en su espíritu (Jn. 13:21). Jesús buscó la oración. Realmente se establecía una lucha sin igual. El Señor no temblaba sólo por la gran vergüenza y los dolores, que le iban a causar, sino más bien por tener que estar separado de Dios. Esa carga la quería compartir con Pedro, Juan y Jacobo. Ellos debían velar junto con Él y orar.

Pero lo incomprensible aconteció: “Cuando el mundo estaba revuelto y los discípulos luchaban con la tormenta y las olas, Jesús dormía y justamente con esto, señalaba que Él era distinto, Él era el Hijo de Dios. Pero cuando estalló la gran agitación entre cielo e infierno, y Jesús empezaba a angustiarse y entristecerse, se durmieron los discípulos” (R. Damrath; comp. Lc. 21:36; Ef. 6:10-20).

Por lo visto; el Señor necesitaba la cercanía y el apoyo en oración de aquellos, que debieron ser las “columnas” de su iglesia (Gá. 2:9).

Él había explicado a sus discípulos la Palabra de Dios, les había enseñado a orar, los llamó y autorizó para su servicio, y se les reveló como el Cristo. Jesús bien valoraba que ellos lo dejaran todo, para seguirle (Mr. 10:28ss).

¡Pero justo ahora, se dormían! “¡Cuántas horas de la gran historia de Dios, se pierden por dormir!” (R. Damrath)



---

---

---

---

---

## Día 7

### Mateo 26:36-46

En Getsemaní aconteció un cambio decisivo. Mientras que Jesús al comienzo decía: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (v.38), lo encontramos después de Su lucha en oración, muy decidido a enfrentarse con la muerte: “Levantáos, vamos; ved, se acerca el que me entrega” (v.46).

Un expositor escribió: “¿Cómo se realizó este cambio? Él ‘comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera’. Es algo que nos pone por delante la realidad de la muerte.

Nos sentimos confundidos. Tenemos que verlo, tenemos que sentirlo. Nosotros conocemos a Jesús de manera diferente. Él estaba en el monte de la transfiguración. Lo vimos acercarse con pasos firmes y tranquilos hacia Jerusalén; lo vimos en las discusiones con los escribas y fariseos. Lo vimos hacer grandes obras de Su poder de manera majestuosa y pronunciar profundas verdades acerca de Su persona. Lo escuchamos hablar de su sufrimiento, de su muerte con una quietud divina. Lo acompañamos a la sala de la pascua; a la Santa Cena; cuando repartió su sangre ya derramada a sus discípulos (v.27,28). Así Él se enfrentaba hasta ahora al sufrimiento, y ... ¿qué ha pasado?; ¡qué contraste!; ¡qué cambio inconcebible! ¡El hombre al que los elementos de la naturaleza obedecieron; el que levantaba a los muertos y el que echaba fuera a los demonios; ahora Él mismo estaba asustado hasta la muerte! Temblando, acobardado, quejándose. Una angustia hasta casi el total colapso”.

Nos damos cuenta que Getsemaní era un lugar oscuro, de llanto y queja. Pero era también un lugar en el que Jesús se hizo completamente uno, con la voluntad de Su Padre, para salvarnos. (Comp. Mt. 20:28; 1.Ti. 2:6; He. 9:11-15.)





## Día 8

### Mateo 26:36-46

La lucha en oración de Jesús allí en Getsemaní comenzaba con las palabras: “Padre mío”. Así pudo orar solamente uno que tenía una firme y profunda confianza al Padre. A pesar del inmenso peso de este camino, el Señor no se amargó. Él *quería* confiar en su Padre, también en la hora más difícil de su sufrimiento y “aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (He. 5:8).

Si nosotros oramos “Padre mío”, podemos saber que el Padre está con nosotros, aun en la mayor oscuridad, en gran tribulación, y en la muerte (Jn. 10:29; 16:27). Si Jesús tuvo temor por el “bautismo” de la muerte (Lc. 12:50), entonces Él es un Dios que puede sentir con nuestro temor del sufrimiento y de la muerte (He. 2:18; 5:7).

Nuestra fe puede fortalecerse, si pensamos en que nuestro Señor era “verdadero hombre”, pero Él no perdió su confianza, sino derramó su corazón en oración delante de Dios y luchó para hacer la voluntad de Dios. Quizás es justo el lado humano de Jesús, que le hizo pedir tres veces a su Padre de no tener que ir por ese camino pesado.

¿Podría ser que el apóstol Pablo, cuando se encontraba luchando en oración entre el cielo y el infierno, se orientaba por el triple pedido del Señor Jesús? (Lea 2.Co. 12:7-10.)

¿Cómo lo debemos hacer *nosotros*? Job, en su tremendo sufrimiento, dijo: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21b).

Podemos expresar nuestra queja delante de Dios; derramar nuestro corazón; decirle nuestras preguntas; temores; dudas y dolores. Nosotros oramos delante de *Dios*, nuestro Padre, que nunca abandona a sus hijos, y el que no permitirá que perezcamos en las tentaciones. Por eso podemos decir, aun temblando: “¡Padre, hágase tu voluntad!”



---

---

---

## Día 9

Mateo 27:11-31; Juan 18:28-38

Mucho ha pasado desde la dura lucha en oración del Señor en el jardín de Getsemaní: traición; arresto; calumnias ante la corte suprema; la negación de Pedro.

Ahora Jesús estaba delante de Pilato que; por lo visto ya conocía los sucesos anteriores. Por eso comenzó la audición judicial, con la pregunta directa: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (v.11). En primer lugar, tenemos que darnos cuenta que Pilato quería liberar a Jesús.

Él presentó a Barrabás, el caudillo de una revuelta, “que había cometido homicidio”. Los judíos debían, según la costumbre, elegir: querían que se suelte para la fiesta a este homicida o a Jesús? Pilato preguntaba: “¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?” Bien sabía que los principales sacerdotes le habían entregado a Jesús por envidia. Ellos persuadieron a la multitud para que pidiesen que Barrabás fuera soltado. Pilato, que estaba convencido de la inocencia de Jesús, se dirigía nuevamente a ellos, preguntando: “¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos?” Ellos gritaron: “¡Crucifícale!” (Mr. 15:7-13).

Ese “¡Crucifícale!” retumba a lo largo de la historia. “Se refiere a Aquel que obró con ilimitado amor a todos. Se refiere a Aquel, que era el amor y la sabiduría divina en persona” (G. Maier).

¿Por qué el Padre celestial no le ahorró a su Hijo este tremendo sufrimiento? No lo hizo, ¡porque la rebelión del hombre le dolía tanto! y porque el pecado, tenía que ser expiado. La razón por la sentencia de Jesús es el estado pecaminoso del hombre, también del mío. (Lea Is. 53:1-12.)



---

---

---

---

---

## Día 10

### Mateo 27:11-31

Poncio Pilato dio la orden, para que Jesús fuera crucificado (Mr. 15:15). Él mandó que el inocente fuera azotado, entregándole a la tortura de los soldados romanos. Después lo llevaron para crucificarlo (Mr. 15:16-20). ¿Por qué, el Señor tuvo que ir por ese camino tan terrible?

Ya en las primeras páginas de la Biblia leemos del más tremendo suceso de la historia: la desobediencia de los primeros hombres, delante de Dios. A partir de este hecho; entró en vigencia la ley del pecado y de la muerte. Lo espantoso de este acontecimiento, es que lo que estaba hecho, no se podía cancelar. Estaba hecho.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Ro. 5:12).

Por eso vale: “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate. Porque la redención de su vida es de gran precio” (Sal. 49:7,8; He. 9:11-14).

Ese precio pudo ser pagado por *uno* solo: el Hijo de Dios mismo que vino a nuestra vida cargada de pecados y destinada a la muerte. Él resistió al pecado y fue obediente a Dios en *todo*, hasta la muerte y muerte de cruz (comp. Fil. 2:6-8). Jesús puso su vida inocente -sin ningún pecado- como precio de rescate, para liberarnos de la carga de la culpa y del poder del pecado y, salvarnos para la eterna comunión con Dios.

¿Por qué actuó el Hijo de Dios así?; ¿no podría habernos dejado simplemente en nuestro dilema y miseria?; ¿no podría habernos entregado a la muerte eterna? ¡Sí, lo podría haber hecho! Pero Él no lo *quiso* hacer, porque es un Dios clemente y misericordioso. Un Dios que nos ama infinitamente.

Su justicia exigía la sentencia de muerte, pero su amor nos otorgó la vida.



---

---

---

## Día 11

### Marcos 15:24-32

“Cerca de la cruz y lejos de Jesús”, así tituló un expositor este párrafo del texto, y escribió: “Imagínese usted la escena. Los soldados estaban de cuclillas formando un círculo, los ojos puestos mirando el suelo.

Al delincuente sobre ellos, lo tenían por olvidado. Ellos echaban la suerte por la poca ropa usada. Yo me preguntaba, ¿qué efecto habría causado en Jesús, esa escena?”

El evangelista Juan en su informe, dirige nuestra mirada hacia los soldados, que bajo la cruz, hicieron un “partido de dados” (Jn. 19:24). Mientras que, arriba de ellos se llevaba la carga y el pecado de todo el mundo, abajo se luchaba por bienes terrenales sin valor eterno.

Llama la atención: los soldados eran testigos oculares del mayor e inusual acontecimiento de la historia humana, y no se dieron cuenta. Ellos tiraron los dados por la posesión del Mesías y, se olvidaron de Él mismo. El “ganador” debería conseguir la túnica de Jesús.

Lo podríamos considerar como un hecho muy poco ético, sin piedad. No lo podemos entender bien; también podríamos pensar: para los soldados la ejecución de sentenciados a muerte era algo rutinario. Sin embargo, esa escena, ese juego de dados, es importante. El evangelista Juan agrega: “esto fue para que se cumpliese la Escritura”. (Comp. Sal. 22:18; Mr. 14:49; Lc. 24:44.) Quizás por eso Jesús no tenía rencor; enojo; ni deseo de venganza, de castigo sobre aquellos que lo maltrataron y rechazaron.

¿Es ese informe, sólo una historia muy triste de aquel entonces, que ya no tiene nada que ver con nosotros? “También nosotros estamos al pie de la cruz y jugamos. Jugamos por quien tiene la mayor cantidad de miembros, o el mayor estatus. Nosotros juzgamos y sentenciamos. Hay pensamientos de competencia; egoísmo; ganancias personales. Todo esto existe”. (M. Lucado).

También nosotros podemos estar cerca de la cruz y lejos del Mesías.

Pero así no debe seguir. Abra su corazón para Jesús. Dele toda su confianza. Él lo espera.